

## El pie en la Danza Libre de F. Malkovsky

La base del milagro de la vertical humana es el pie. Siempre se habla de la mano como signo de humanidad, pero sin el pie no habría vertical ni, por tanto, mano libre. Y aunque sea la aspiración a elevarse la que genera y desarrolla la postura erguida en el ser humano, no podemos dejar de asombrarnos de la función del pie y de la sutil anatomía y fisiología del equilibrio, que nos permite estar erguidos sin apenas darnos cuenta.

La conquista de la marcha humana, eficaz y económica ha costado filogenéticamente millones de años conseguirla. Y todavía nos maravillamos de su desarrollo ontogenético, cuando cada “cachorro” humano logra ponerse en pie.

La danza, como manifestación artística que es, supone un paso más en la evolución humana. Supone ir ganando terreno hacia lo sutil; la ligereza, la elevación, la ingravidez... están asociadas a la danza de tal manera que en nuestra cultura su símbolo es todavía la zapatilla de punta plana, diseñada para ponerse de puntillas, forzando la elevación en un intento de huir de la tierra.

Esta lírica forzada es la que remueve la danza moderna, cuando el pie se libera y se coloca desnudo en la tierra, comenzando a relacionarse con ella de otra manera: cambia el contacto con el suelo físico, también con el sustrato emocional. Aparece el peso y la carne.

En la danza libre de F. Malkovsky, inserta en el inicio de la danza moderna, la vertical cielo-tierra es una característica intrínseca; hay un continuo vaiven del movimiento en esta vertical, una respiración entre cielo y tierra, una continua transformación del peso en levedad, de acción en resonancia, de carne en espíriu. Y el pie es el fundamento.

El pie se apoya en el suelo, entregando, hundiendo a través de él el peso de la carne, de todo el cuerpo, ofreciéndolo como sacrificio. Abandonándonos, entregándonos, librándonos a la tierra ella ha ce crecer el fruto, nos devuelve nuestro cuerpo, nuestra carne, nos libera del peso y nos eleváva en la resonancia.

Es la aceptación de la caída la que permite el regalo de la elevación. Pero esta entrega, ese abandono no puede ser de cualquier manera; no es derrota. Presupone una previsión, una preparación para recoger el fruto de la tierra; hay que preparar la estructura para ese paso de fuerzas de arriba abajo y devueltas de abajo arriba.

Y hay un paso físico: ni la punta ni el talón, sino la zona media, el metatarso, la “fontaine jaissante” y despues rodilla, cadera, columna, cintura escapular, cabeza... los que permiten sucesivamente el paso hacia arriba, la elevación, la resonancia como fruto, la inmovilidad vibrante que deja libre para una nueva entrega.

El pie está al final (y al principio) de esa cadena de movimiento (y de resonancia) que supone una manera de abordar el contacto. Hay que estar encima del pie, que contacta con la sutileza y libertad con la que lo hace la mano. Hay una organización del equilibrio en todo el cuerpo (en todo el gesto), que permite la existencia de esa sutileza que se manifiesta en el pie. En encontrar y recuperar esa organización consiste la práctica consciente de la danza libre.

Y por ello la danza libre es una danza de la vertical, de la recuperación de la vertical y de la dignidad humana.

